

## Conversaciones Taurinas

Se aplica el nombre de *desiertos* a los territorios más o menos extensos que carecen casi por completo de vegetación y por lo tanto resultan inhabitables para el hombre. En ocasiones estas zonas se producen incluso en las ciudades, siendo uno de los más interesantes el de cemento que se encuentra enclavado en la calle de Augusto Rondín, perteneciente a la delegación Benito Juárez.

Este recinto desértico alojaba en una época a multitudes que acudían alborozadas para ver las hazañas que sucedían en su interior, pero desde hace siete años en que es regentado por el profeta *Rajaél Mohamed Mafuferías* se ha transformado en el *Monumental Sahara de Insurgentes*, habiendo sido despoblado en su totalidad quedando abandonado y seco.

El domingo pasado decidí observar lo que allí ocurría y puede afirmarse que fui el único explorador, junto con algunos periodistas que se encuentran en la nómina del profeta. Extrañamente a las cuatro de la tarde divisé como a lo lejos partía una *caravana* ricamente vestida en oro y vistosos colores. Lo que más me llamó la atención fue el que ninguno de los expedicionarios portara el consiguiente turbante para protegerse del calor del desierto. Asimismo, percibí que no aparecieran los correspondientes camellos que son habituales en este clima, sino caballos muy flacos en los que iban montados una serie

de sujetos robustos que sin duda alguna habían ingerido suficientes líquidos para resistir la altísima temperatura que se experimenta en la arena.

Los cabecillas de esta expedición que se iba enfrentar a tantos peligros resultaban un poco extraños, puesto que el mayor de ellos había perdido parte de su cabellera, el segundo era de baja estatura y el tercero resultaba de aspecto turquestano. El convoy desfilaron y después saludaron al palco de la mezquita, presidida en esta ocasión por el visir *Mahoma Fabula*, hombre reconocido por su intachable conducta y honradez acrisolada, siendo inflexible en sus decisiones.

Una vez realizado el *Fait* o saludo musulmán, los componentes de la caravana se dedicaron a movilizar una especie de alfombras multicolores, que me recordaron las que había visto en el Bazar de Estambul. Lo que si ya no me entusiasmó demasiado fue el que por medio de una corneta se abriera una puerta y aparecieran entre las dunas una serie de *lagartijas* que me dijeron procedían de Malpaso, las cuales hacían honor a su nombre, porque se derrumbaban constantemente como si hubieran ingerido demasiado alcohol.

Tampoco me convenció la aparición en último lugar de una hiena, o mamífero nocturno, que lógicamente buscaba carroña. En ese momento se produjo una tremenda tormenta de arena que son las típicas del desierto, a las que conocemos como *simún*, la cual me provocó una conjuntivitis, de la que todavía no me repongo.

De cualquier manera al final de la expedición localicé a uno de los exploradores, al que se le conoce como *el twilig*, o sea, *el cuate* en árabe, al que quise entrevistar para que opinara sobre la gran oportunidad que le había ofrecido el profeta *Rajaél Mohamed Mafuferías* y esto fue lo que me comunicó:

- Ese señor nunca va a ser perdonado por Alah. Es más, se nota que jamás ha leído el Corán y en mi opinión no es más que un indigno infiel. Cree que dándonos cualquier limosna puede reconfortarnos, pero es un malnacido y sin duda alguna desde su divorcio de Scherezada, está sufriendo una encefalotapia bovina espongiforme combinada con fiebre aftosa, o sea, la enfermedad de las vacas locas...

Un poco preocupado por el padecimiento y por el alma de *Rajaél Mohamed Mafuferías* pregunté al *Cuate* si un *hach* o peregrinaje a La Meca en la Pascua, no ayudaría al profeta y me respondió lo siguiente:

- De ninguna manera se le va a perdonar nunca el daño moral que nos ha hecho, y hasta dudo que pueda salvarse ejecutando un *Aid*, o sea, la festividad del sacrificio del cordero. Creo que lo mejor que puede hacer *Rajaél* es renunciar hoy mismo a su mandato.....

Al despedirme del *Cuate* me acordé del poema del persa Omar Khayyam que dice así:

**Tan rápida como el agua del río, o el viento del desierto, nuestros días se inundan, dejándonos indiferentes de lo que pasó ayer, o sucederá mañana.**